

Esa Antigüedad y Nosotros

Nicolás Cruz
Pontificia Universidad Católica

La antigüedad grecorromana deja ver sus escasos restos materiales por aquí y por allá dentro del vasto territorio europeo y asiático. A través de ellos podemos asomarnos, en el mejor de los casos, a las sociedades que poblaron la tierra hace unos tres mil años.

Estos restos no aparecen ante nosotros de la manera viva y relacionada con su entorno que tuvieron en los tiempos de su plena vigencia. Los encontramos luego de mucho tiempo en que han actuado sobre ellos muchos fenómenos. Las situaciones acaecidas sin muy variadas y determinan nuestra mirada siempre limitada.

Los que nos permiten apreciar mejor su condición son aquellos que fueron abandonados a partir de un determinado momento y, por esta vía, se fueron cubriendo de manera progresiva hasta la llegada de los arqueólogos. Se trata de sitios que sufrieron la depredación en varios momentos y muchos de sus restos fueron reutilizados o simplemente robados. No obstante todo esto, a partir de un cierto momento, quedaron sepultados y abandonados por poblaciones que se trasladaron a otros lugares. Los casos de Efesos y Hierápolis ilustran bien esta situación.

Efesos ofrece un panorama sorprendente debido a la conservación de la larga calle que une su Ágora Comercial con Baños de Vario, pasando por un bien conservado Templo de Adriano y los extraordinarios restos de la Biblioteca de Celso. Los nombres romanos dejan a la vista que la mayor parte de los restos que encontramos pertenecen al período romano, es decir tardío, de esta ciudad que llegó a ser el puerto más importante del Egeo. En

las cercanías se encuentra un teatro griego del período helenístico bien conservado. Cada pieza tiene valor, pero reunidas conforman un laboratorio de observación de la antigüedad.

Hierápolis constituye una sorpresa para el visitante. Toda la vida de esta ciudad estuvo relacionada con la riqueza de las aguas minerales que la rodean. Los restos que encontramos corresponden en su mayoría a las construcciones que se hicieron después del terremoto del año 60 d.C., que abatió las edificaciones anteriores. Los terremotos han jugado un papel de primera importancia en la modificación del paisaje del suelo turco, y siguen haciéndolo hasta nuestros días tal como nos informamos cada cierto tiempo.

El caso contrario está formado por aquellos lugares antiguos que han quedado como una referencia aislada en una ciudad o pueblo que no mantiene ninguna relación o continuidad con ellos.

Un ejemplo tristemente clarificador es el de Taormina, alguna vez bella y plácida y hoy dedicada a una actividad comercial desenfrenada. Sus pequeñas calles, iglesias, plazas, al igual que el teatro griego, han sido cubiertos por las miles de tiendas pequeñas que exhiben hasta el cansancio los mismos productos. El ritmo de la ciudad es el del paseo constante y el consumo y no el de la caminata y la observación. De Rodas puede decirse lo mismo casi con iguales palabras: el comercio va igualando y volviendo planos todos los lugares.

No todos los pueblos han terminado por devorar la antigüedad que entrañan, y Paestum en Italia, sirve como demostración. Aquí se encuentran algunos de los mejores templos de la Magna Grecia y su conservación es bastante buena. Al lado de ellos se encuentra un pueblo agrícola que todavía mantiene sus características y no ofrece al turista algún motivo mayor de atracción, como puede ser la playa de Taormina o la bahía repleta de yates de la actual Bodrum, antigua Halicarnaso. Lo que destaca ahí es la maravillosa secuencia de templos que se remontan al 500 a.C. y que siguen instalados con una fuerte presencia en el territorio. La historia de Paestum nos muestra también el abandono de que fue objeto hacia fines de los tiempos del Imperio Romano.



Paestum, los templos en la actualidad

La presencia de lo antiguo en las grandes ciudades es de otro orden como se puede apreciar en Estambul y Roma, solo por poner dos ejemplos entre tantos que se podrían traer a colación. En los casos mencionados se encuentra un gran valor en la acumulación de restos correspondientes a momentos muy distintos, varios de los cuales se relacionan entre sí: un templo o edificio antiguo reutilizado en una clave diferente como puede ser una iglesia cristiana; mientras que otros se alzaron a partir de una negación de lo anterior: en Estambul se encuentran mezquitas cuya instalación supone un giro total del edificio precedente. En estas ciudades la antigüedad aparece como el primer ejercicio de varios que se han hecho en distintos momentos y que ha dado su fisonomía a estos lugares. Roma, a mi entender, es el mejor ejemplo en que los restos antiguos forman una continuidad con aquellos medievales, barrocos y con los modernos. Es la fuerza de los poderes que la han gobernado y que, por extensión, han comandado una parte del mundo durante siglos. Hasta hace un par de décadas atrás había agregado otra forma de belleza en su defensa de los derechos humanos y en hacerse una “ciudad abierta”. Hoy, como casi todo el Occidente, ha comenzado a clausurarse en sí misma y ver a los otros como enemigos. Aún así sigue siendo la suma de todos sus períodos y tiene una rica y diversificada actualidad.

El edificio antiguo que mejor representa la relación entre lo inicial y la continuidad es el Duomo de Siracusa, descrito por Maria Pia Di Gaetano como “el ejemplo más atractivo de sobreposición y de convivencia, característico de Ortigia”.



(Duomo de Siracusa- Interior con las columnas antiguas)

¿Qué vemos o alcanzamos a ver de estos restos antiguos? Son, en primer lugar, algunos de los vestigios más antiguos de la existencia humana organizada en términos similares a los actuales. En estos casos, pese a la distancia y diferencias evidentes, se impone una semejanza: la de la ciudad, la de los espacios públicos, de lo sagrado, de la política, del lugar de los negocios, etc. En ese contexto antiguo podemos observar el primer ejercicio que nosotros hoy seguimos realizando hasta nuestros días. Se trata de restos invaluablees que nos posibilitan asomarnos a una parte de las primeras sociedades. Y cabe decir una parte ya que sabemos bien que hay otras sociedades más antiguas como lo demuestra el caso evidente de Egipto, entre otros, pero además, decimos una parte ya que lo que encontramos son, por lo general, los restos de un Ágora, de otros edificios de un Acrópolis, algo de los Templos y de un teatro, pero muy poco de aquello que los arqueólogos llaman “el habitado”.

La observación histórica deja en evidencia la enorme fuerza de las experiencias iniciales por cuanto marcan de una manera profunda y decisiva a las sociedades y su cultura. En este plano, puede decirse que la organización racional, social y política de los griegos expansionistas, terminó por imprimir un sello a la llamada cultura occidental, proceso que fue profundizado de una manera decisiva por sus herederos, los romanos. Todo esto puede decirse de otra manera: las recuperaciones que se han hecho de los griegos y los romanos a través del tiempo, han terminado por concederle este carácter fundacional y reconocer en ellos nuestros orígenes.

La antigüedad no tiene un sentido especial si se la toma aislada del resto de la historia, por más belleza y aspectos de alto interés que contenga. Su interés mayor radica en la relación con cada una de las épocas que la sucedieron y como se fue hilando el enorme tejido histórico que llega hasta nosotros. Podemos entonces decir que la edad antigua no es una cuestión cronológica sino que una etapa en que están contenidos los primeros momentos de los temas o problemas del pasado que nos interesan. La riqueza y profundidad de los temas con los cuales trabajamos no respetan esa ordenación del tiempo en lo antiguo, medieval, moderno, etc. Los temas históricos por los cuales nos preguntamos no se limitan a una cronología y son, por su esencia, interdisciplinarios.

*

La arqueología ha realizado aportes significativos en la búsqueda, encuentro y cuidado de los restos antiguos. A partir de estos resultados percibimos tanto las riquezas como limitaciones de su trabajo. Las primeras tienen que ver con la capacidad para llegar a los vestigios siguiendo muchas veces pistas débiles y confusas, dándose luego un arduo trabajo para sacarlas una vez más a la luz. Las segundas dicen relación con las dificultades de atribución y datación a partir de las ruinas: muchos templos están en el debate, atribuyéndose a distintas divinidades y reciben dataciones diversas. Pero más allá de esto, los resultados de los arqueólogos se potencian solo al relacionarlos con las huellas escritas, tan fragmentarias e inciertas como las materiales, condición que comparten con las pinturas,

esculturas, epigrafías, monedas, en fin, con cualquier otro vestigio antiguo. Más allá de las dificultades que esta situación imponga a nuestros trabajos y a los métodos que utilizamos, los resultados a los que aspiramos se encuentra en la encrucijada que reúne a todos estos puntos. Es por esto que apreciamos tanto cuando, de tanto en tanto, aparece un libro que logra una visión de conjunto a partir de un buen conocimiento y similar comprensión de las distintas partes. Cada uno de nosotros tiene su propia lista de favoritos, en la mía se encuentra la inolvidable *Experiencia Griega* de Cecil M. Bowra, y entre los más recientes: *Los Inicios de Roma* de Tim Cornell; *Troya y Homero* de Joachim Latacz –notable y polémico-, y el sorprendente *Cartago* de Serge Lancel.

Logrado todo lo anterior, si es que llegamos alguna vez a hacerlo, lo que tendremos entre nuestras manos no será algo más que un grupo de pistas que nos entregan algunos restos bastante mínimos. Estamos en las antípodas de los historiadores que se dedican a los temas contemporáneos, quienes deben lidiar con volúmenes gigantescos de información.